



## Neoliberalismo y después: empresarialidad, autogestión y luchas por la reproducción social

Verónica Gago<sup>1</sup>

**Resumen:** Discutir el neoliberalismo desde los feminismos en alianza con las economías populares permite tejer un programa contra la precarización de la vida y hacer la crítica de cómo en América Latina la conversión «emprendedora», en términos neoliberales, opera sobre dinámicas comunitarias, cooperativas y de autogestión del hacer. Son ellas las que permanentemente lidian con la conversión de esas fuerzas (de lo *común*) en modalidades de auto explotación, en un contexto caracterizado por *despojos* sistemáticos que ponen en riesgo la reproducción social de las mayorías.

**Palabras clave:** Neoliberalismo; Autogestión; Emprendedurismo; Explotación; Reproducción Social.

**Neoliberalism and after: entrepreneurship, self-management and struggles for social reproduction**

**Abstract:** *Discussing neoliberalism from the different feminist perspectives in alliance with popular economies allows us to weave a program against the precariousness of life and to criticize how the “entrepreneurial” conversion, in*

<sup>1</sup> Universidade de Buenos Aires (UBA) e da Universidade de San Martín (Unsam) e pesquisadora do Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Argentina – verogago76@gmail.com – <https://orcid.org/0000-0002-7009-1468>

*neoliberal terms, operates on community, cooperative and self-management dynamics in Latin America. Those dynamics permanently deal with the conversion of these forces (the common practices) into forms of self-exploitation, in a context characterized by systematic dispossession that puts the social reproduction of the majorities at risk.*

**Keywords:** *Neoliberalism; Self-management; Entrepreneurship; Exploitation; Social Reproduction.*

### **Neoliberalismo e mais além: empreendedorismo, autogestão e lutas pela reprodução social**

**Resumo:** Discutir o neoliberalismo a partir dos feminismos em aliança com as economias populares, permite traçar um programa contra a precariedade da vida e criticar como na América Latina a conversão «empreendedora», em termos neoliberais, opera na dinâmica comunitária, cooperativa e social da autogestão. São eles que tratam permanentemente da conversão dessas forças (do comum) em modalidades de autoexploração, num contexto caracterizado pela desposseção sistemática que põe em perigo a reprodução social das maiorias.

**Palavras-chaves:** Neoliberalismo; Autogestão; Empreendedorismo; Exploração; Reprodução Social.

### **Introducción**

En nuestro continente, la batalla contra el neoliberalismo parece no tener fin. Sin embargo, es más preciso debatir cómo el neoliberalismo se renueva y cómo cada crisis exige leer en tiempo real la disputa de hacia dónde intenta relanzarse y renovarse y cuáles son las fuerzas que lo han llevado a la crisis. En este sentido, intento discutir la noción de neoliberalismo, el modo de historizarlo en nuestra región, de profundizar debates teóricos *desde* América Latina y trazar genealogías desde las luchas y conflictos, a fin de:

1. confrontar la idea de que neoliberalismo es sinónimo de mercado y que lo opuesto es la intervención del Estado, por lo tanto obligando a actualizar nuestras formas de comprensión de las capacidades del Estado;
2. ir más allá de la definición del neoliberalismo como un conjunto de políticas emanadas solo desde arriba (e investigar cómo el neoliberalismo se ha inmiscuido en las prácticas provenientes “desde abajo”, lo cual permite ver

- su articulación con formas comunitarias, con tácticas populares de resolución de la vida, con emprendimientos que alimentan las redes informales y con modalidades de negociación de derechos que se valen de esa vitalidad social);
3. y finalmente: desafiar las lecturas totalizantes del neoliberalismo que lo comprenden en términos exclusivos de una derrota definitiva de las subjetividades subalternas.

Para esto me parece importante, como método, partir de reconocer los intentos populares de resistir y reformular la desposesión neoliberal a la vez que lidiar con las condiciones que el neoliberalismo logra imponer. Esta perspectiva enmarca una lectura de la violencia del neoliberalismo que da cuenta de las medidas de ajuste estructural y de privatización pero también del modo en que la explotación se enraíza en la producción de subjetividades compelidas a la precariedad y al mismo tiempo batallando por prosperar en condiciones estructurales de despojo.

Es en esa encrucijada donde me interesa ubicar la discusión: cómo en América Latina la conversión «empresadora», en términos neoliberales, opera sobre dinámicas comunitarias, cooperativas y de autogestión del hacer. Son ellas las que permanentemente lidian con la conversión de esas fuerzas (de lo *común*) en modalidades de auto explotación. Lo hacen en un contexto particular, caracterizado por *despojos* sistemáticos. La desinversión del estado ha generado el espacio para interpelar a lxs actorxs sociales más empobrecidxs bajo la ideología del microempresariado y del emprendedorismo, a la vez que son las políticas autogestivas las que *ya* subsanan las infraestructuras de reproducción con arreglos que hacen posible de la educación a la salud, del cuidado a la seguridad y el transporte, para las grandes mayorías. Por esto, la conexión entre las dinámicas de reproducción y del trabajo en estas condiciones son un espacio clave para situar, pensar y debatir las mutaciones neoliberales.

Con ese objetivo, situó mi análisis en las “economías populares” (que también llamé “economías barrocas”) para comprender dónde y cómo la ‘razón neoliberal’ (una norma supuesta como de puro cálculo mercantil) es apropiada, arruinada, transformada y relanzada por aquellxs que supuestamente son sólo sus víctimas. Intento también enmarcarlas como “microeconomías proletarias” con el propósito de ir contra la idea más general de una desproletarización de los sectores populares que no hace más que invisibilizar el trabajo realmente existente para la reproducción colectiva de los sectores más precarios. Esta noción, a su vez, pretende disputar con la narrativa emprendedorista en clave neoliberal

porque resiste a adoptar de modo pleno en lenguaje empresarial como sustituto del trabajo a la vez que da cuenta de las formas de autoempresarialidad popular que no se ajustan a las lógicas puramente individuales.

Se trata, finalmente, de confrontar el modo reaccionario que la precarización generalizada del mundo del trabajo impone: por un lado, el diagrama de amenaza de unxs contra otrxs y, en simultáneo, el emprendedurismo como fórmula lisa para “superar” la crisis del trabajo formal y asalariado. Frente al creciente “estado de inseguridad”, como lo llama Isabel Llorey (2018), la capacidad emprendedora de cada quien busca individualizar el riesgo y entrenar la vida propia como empresa. Sin embargo, supone una matriz de una racionalidad individualista ordenada por el beneficio que no logra comprender un “oportunismo de masas” (Virno, 2003) que es un dinamismo social mucho más mixturado e imperfecto.

La pregunta que surge entonces es: ¿qué sucede con lxs trabajadorxs, con las vidas proletarias entendidas desde su existencia heterogénea y más allá de la contabilización fallida – de la informalidad, a lo sobrante, de lo excluído a lo subdesarrollado – de las poblaciones laboriosas hoy mayoritarias en nuestros países? ¿Cómo estas realidades heterogéneas del trabajo intentan ser codificadas bajo la narrativa del emprendedorismo neoliberal, capturando los modos autogestivos? ¿Cómo intervienen las luchas feministas en este debate?

## Trabajo, economías populares e informalidad

Para el caso de Argentina, hay un corte que es fundamental y es la crisis sucedida en el año 2001. Es una crisis de enorme magnitud, de fuerza en las calles y de visibilización de movimientos sociales, especialmente de desocupadx, que impulsaron prácticamente una problematización radical sobre el trabajo y abrieron la pregunta por una vida digna desacoplada del régimen salarial (produciendo una distinción popular entre empleo y trabajo).

Esta fue una de las innovaciones fundamentales de la crisis. Y lo que aquellos movimientos inventaron como formas de autogestión de una multiplicidad de trabajos sin patrón se ha sostenido durante la llamada «recuperación económica» de la década siguiente de modo tal que ha estabilizado y sistematizado un nuevo paisaje proletario. Esa trama es la que nombramos ahora como «economías populares» e implica también un modo de gestión de los subsidios provenientes del Estado que tiene su origen en las conquistas del estallido social (y en particular del movimiento “piquetero” que logró llevar el piquete de la fábrica a las rutas, haciendo un desplazamiento geográfico y conceptual).

Quisiera así subrayar que la dimensión *política* de las economías populares, que son una realidad latinoamericana de magnitud, tiene que ver con la politización del debate sobre el desempleo, sobre la pregunta colectiva por la reproducción, con el rechazo a la gestión miserabilista de sus actividades y con una capacidad de negociación de recursos con el Estado, todo lo cual converge en la crisis de 2001 como momento-fuerza que destituyó la legitimidad política del neoliberalismo en este país a la vez que fue parte de una secuencia regional y de un ciclo de protestas.

Esto visibiliza algo que cada vez es más estructural en términos de la dinámica misma del capitalismo neoliberal: que es cada vez mayor la cantidad de personas que deben procurarse ingresos y prosperidad sin tener el “privilegio” del salario estable, llevando adelante “vidas sin salario”, para usar la fórmula de Michael Denning (2011). Se juega allí una forma de la reproducción social bajo estrategias populares que mixturan saberes comunitarios autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una autoempresarialidad de masas.

Quisiera también señalar que debemos discutir aquí el argumento de la exclusión de trabajadorxs que parece explicarse evolutivamente por aumento de la tecnologización: es clave lo que dice Silvia Federici (2021) al calificar este argumento como patriarcal, ya que encubre las formas intensivas de trabajo precarizado y feminizado que sostienen los violentos procesos de acumulación hoy. Por eso, en el ejercicio de una genealogía para situar las economías populares como los territorios donde se confronta y a la vez se despliega la racionalidad neoliberal hay algunos elementos que quisiera destacar.

Para empezar, es necesario ubicarlas en la pregunta general por las formas que toma el trabajo de una creciente mayoría de la población que no se encuadra en las modalidades del trabajo asalariado estable y formalizado. Se puede decir que es una realidad histórica de lo que se ha llamado por mucho tiempo el “Tercer Mundo” (desde su “invención”, como argumenta Arturo Escobar), que no necesariamente estamos ante una novedad. Sin embargo, la especificidad de las economías populares de las que nos ocupamos se ubican en un marco temporal de cuatro décadas de neoliberalismo en nuestra región. Por tanto, de manera general, las economías populares confrontan las formas de exclusión de medios y recursos para que una gran parte de la población pueda lograr asegurar su reproducción.

Esto implica la conexión de las economías populares con diversos momentos de crisis en los cuales se acelera la generalización del empobrecimiento. Ubicar a esta modalidad variada de labores que se inscriben en las economías

populares logra visibilizar las formas concretas en que se ensamblan las prácticas de autogestión, del emprendedurismo popular con las modalidades precarias (en el límite con economías ilegales) de conseguir ingresos y formas intermitentes de inscripción asalariada, así como el impacto de las ayudas y subsidios sociales. Así, las economías populares logran mixturar una serie de saberes y formas de hacer que permiten la reproducción social en territorios fuertemente marcados por el despojo neoliberal a la vez que reinventan y conectan formas de conflictividad que se movilizan para ganarse la vida, para producir infraestructura popular, reformulando en cierta medida la cuestión obrera, las dinámicas del trabajo y también los territorios y labores considerados históricamente no productivos.

Por eso, el análisis de las economías populares desde este punto de vista conecta, desde la propia secuencia de la crisis, las rebeldías y exigencias de los movimientos sociales con la cuestión obrera, desarmando la división de los repertorios de acción y de demandas con que se solía clasificar desde los años 80 de manera diferente esas trayectorias (movimientos sociales – incluso, campesinos e indígenas – por un lado, movimiento de trabajadorxs y sindical por otro).

Inventar formas de producir y circular, que implican gestionar subsidios del estado, recrear emprendimientos productivos, ensamblar dinámicas autogestivas con formas de empresariado popular, intersectar trayectorias migrantes con modos de comercio feriante y adecuar una inserción laboral discontinua en rubros preexistentes pero bajo procesos de fuerte transnacionalización e informalización (el textil por ejemplo y de agricultura familiar) organiza formas heterogéneas de disputa, negociación, explotación, cooperación y lucha.

Este énfasis en la clave de la conflictividad no siempre es explícito a lo largo del tiempo, no adopta necesariamente gramáticas reconocibles. Como siguiente elemento, subrayo que las economías populares producen un mapa variado, heterogéneo, que se afirma *contra* la idea de que estas dinámicas económicas responden exclusivamente a un momento pasajero de crisis y emergencia. Su temporalidad es más compleja y, sin dudas, prolongada. Se sostienen en el tiempo e incluso son parte fundamental de momentos denominados de “crecimiento económico” (lo hemos visto en Argentina, pero es algo que se repite en la región). Esto da cuenta de una versatilidad de las economías populares para fases y momentos diferentes pero sobre todo exhibe su capacidad de duración, lo que obliga a pensarlas más allá del horizonte de la excepcionalidad (e incluso de su rápida “superación”).

De este modo, las economías populares *sistematizan* el paisaje de ese trabajo ya por fuera de las espacialidades laborales reconocidas como tales (la fábrica y el taller por nombrar los prototipos), a la vez que constituyen un escenario de evidente persistencia y consolidación, cartografiando nuevas lógicas de producción de valor y disputa por su apropiación, a la vez que compiten con el lenguaje de la pobreza para referenciar a las poblaciones más precarizadas.

Quisiera agregar que otro punto importante es revisar la caracterización de que se trata de economías marginales. Tanto por su extensión territorial creciente como por su capacidad de ensamblaje a múltiples escalas. Tanto por su dinamismo político como por su capacidad de intervención en el imaginario público. Tanto por los números que cada vez más intentan censar y medir el impacto de las tareas y la composición laborioso de quienes las desarrollan, se evidencia que se trata de un fenómeno de *mayorías*. Pero también por su persistencia en el tiempo como por su manera de crear infraestructura popular en contextos difíciles, donde la pandemia ha sido un catalizador enorme de su capacidad de respuesta, vemos afirmarse su *centralidad*.

Esta realidad de las economías populares, además, nos permite cuestionar el binarismo entre *formalidad e informalidad*. Si ya esa distinción tiene problemas de base, al aglutinar bajo esa categorías a las regiones periféricas, o del Sur global, en un esquema de no-desarrollo, no-progreso, no-trabajo, ubicando la división de la falta y de lo fallido en una clave eurocéntrica, luego de décadas de transformación de las dinámicas laborales, la noción de informalidad queda aún más estrecha. Y esto porque muchas de las características de los procesos de informalización son parte de la precarización que envuelve hoy a todas las formas del trabajo pero sobre todo porque revelan el desfasaje entre un esquema normativo y un imaginario del trabajo que sigue siendo asalariado mientras su realidad empírica está cada vez más lejos.

Sin embargo, la noción de informalidad sigue siendo operativa en el lenguaje de los organismos internacionales, de las caracterizaciones periodísticas y del uso político para designar de modo exclusivo a poblaciones empobrecidas (la hemos visto florecer otra vez frente a la pandemia). Por momentos aparece como disyunción: como si la precariedad fuese un término para la población trabajadora e informalidad para lxs no-trabajadorxs y lxs pobres. Pero esto también se desliza y no es rígido. Funcionando en espejo con la formalidad, la informalidad no deja de referirse a un cada vez más amplio sector social, que ya acumulan generaciones de no formalidad, donde la formalidad no aparece como posibilidad futura y lo que más bien sutura la categoría es la condición de

trabajadorxs pobres o bajo procesos de permanente pauperización pero a quienes no se termina de reconocer bajo la órbita estrictamente obrera.

La noción de economías populares busca abrir otro espacio epistémico, económico y político que desborda y a la vez problematiza el corset de la informalidad y sus derivas emprendedoristas. Primero por la definición por la afirmativa de lo que efectivamente son, lo que nos sitúa en otro lugar para incluso debatir en trabajo formal e informal, sus marcos regulatorios y sus horizontes temporales.

No se trata, como muchas veces se insinúa, de romantizar lo que efectivamente hacen las economías populares. Sino de desplazar la enunciación de una informalidad asentada en una serie de coordenadas que limitan los modos de pensar los ingresos, las formas organizativas, la conquista de derechos y la productividad de enormes contingentes de trabajadorxs.

## El impacto de las luchas feministas

En el último tiempo gracias al movimiento feminista de masas, han emergido redefiniciones sustanciales. Las espacialidades laborales de la reproducción social, del trabajo de asistencia, cuidado, educativo, ambiental y de gestión de las violencias en las casas y en los territorios comunitarios y vecinales se han visibilizado políticamente como formas de trabajo incluso subalternizadas en las representaciones políticas de las economías populares.

Desde allí, un segundo binarismo que es fuertemente puesto en jaque por las economías populares en su ampliación desde la lente y la lucha feminista es la distinción entre *producción-reproducción*. El trabajo reproductivo es visibilizado por la economía feminista como directamente *productivo* porque son sus labores cotidianas las que hacen posible la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción de las tramas vitales de modo más amplio. La locación que se suele dar a ese trabajo reproductivo son los hogares. Sin embargo, las economías populares se hacen cargo de una enorme cantidad de tareas reproductivas por fuera del hogar, constituyendo tareas esenciales en los barrios, las comunidades y las calles.

De nuevo, las economías populares, en intersección con las prácticas feministas y su mapeo de las jerarquías políticas de qué es reconocido como trabajo y qué no, nos permite evidenciar el torniquete de la división sexual del trabajo espacializada entre el hogar y el mercado de trabajo. No porque en ellas no exista una efectiva división sexual del trabajo, sino porque permite visualizar otra relación entre trabajo productivo y reproductivo frente al momento del capitalismo neoliberal.

Las formas de afinidad y tensión que los feminismos han introducido en las dinámicas de las economías populares desde dentro, cuestionando los mandatos de género asociados al trabajo de la reproducción, es una cuestión clave que merece un despliegue en sí mismo porque es un punto cero y no subsidiario de lo que entendemos como economías populares.

A nivel latinoamericano, tras la pandemia, podemos cartografiar cómo son las economías populares las que están funcionando como las principales superficies de inscripción de la crisis y, a la vez, como los espacios de respuesta a sus efectos más devastadores de la pandemia. Son a la vez actores y actrices de primer orden en la interlocución con las políticas gubernamentales y, al mismo tiempo, construyen infraestructuras autogestivas. Protagonizan los espacios urbanos y rurales que se hacen cargo de la alimentación y, a la vez, son las más afectadas por el bloqueo de la movilidad y la militarización. Son las primeras que han visto reducirse sus ingresos y, en simultáneo, las más dinámicas en la provisión de soluciones comunitarias.

De la intermitencia laboral al desempleo, del trabajo autónomo de calle a las trabajadoras de hogar, de lxs campesinxs a pequeños comerciantes y de quienes se desempeñan como trabajadorxs a destajo en mercados laborales flexibilizados a feriantes y repartidorxs de plataformas, se compone una clase trabajadora que es crecientemente mayoritaria y que sigue no cuadrando con los imaginarios del trabajo en nuestra región, continúa siendo considerado como “lo otro” del mundo del trabajo. Pero tampoco encaja en la grilla del emprendedorismo neoliberal a secas porque expresa, más bien, un plano abierto de disputa sobre cómo se organiza la reproducción social de sectores sobre los que se anudan dinámicas violentas de explotación y extracción de valor.

Identificamos en la economía popular en intersección con las luchas feministas las capacidades políticas de las diversas prácticas y colectivos para reivindicar la productividad de sus labores, el reclamo de su inscripción en derechos y las formas de auto-organización que históricamente las han nutrido: desde las iniciativas comunitarias a las gremiales, desde las prácticas de autogestión a las invenciones cooperativas, y también la reivindicación de impulsar el debate sobre formas de ingreso y la provisión de servicios públicos, así como iniciativas que las vinculan al rechazo del extractivismo y el despojo de las riquezas colectivas, especialmente referidas a la cuestión de la tierra.

Considero que la radicalización más reciente del movimiento feminista en nuestra región aporta en un sentido concreto para esta discusión porque produce figuras de subjetivación (trayectorias, formas de cooperación, modos de vida) que escapan del binarismo neoliberal que opone víctimas y «empresarias

de sí» (incluso en el pseudolenguaje de género del «empoderamiento» emprendedor). Este corrimiento que denuncia y escapa a la pinza del emprendedorismo o la victimización, abre un espacio de intersticio que permite investigar, experimentar y cultivar otras modalidades que, teniendo en cuenta las condiciones de crisis y despojo, sostiene infraestructuras y tramas que posibilitan otras formas de hacer.

## La lente del trabajo esencial

Durante la pandemia, de hecho, los trabajos que se evidenciaron de manera más veloz y dramática como *esenciales* fueron las formas laborales que históricamente no son visibilizadas ni contabilizadas como tales. Es este mundo del trabajo en general asociado a las imágenes de lo “sumergido”, en la frontera entre lo legal y lo criminalizado, que va de las ferias a las redes de autogestión, pero también de los trabajos que a veces se reconocen con el eufemismo de “voluntariado” porque tienen un componente de cuidado intensivo o que se los percibe sólo como solidaridad comunitaria, intermitente y espontánea, de composición feminizada y, muchas veces, migrante.

La noción de trabajo esencial condensa una fuerte paradoja: pone nombre a una re-naturalización de esas tareas y de ciertos cuerpos dedicados a ellas, ahora aplaudidas pero no lo suficientemente remuneradas; valoradas pero reinstaladas en imaginarios cuasi filantrópicos. Esto produce una pirueta particular: se habla de trabajo pero al calificarlo de *esencial* parece dejar de ser trabajo. Se le reconoce valor pero pareciera ser fundamentalmente simbólico y emergencial.

Vemos a gran escala practicarse sobre estas tareas y sobre muchísimos empleos vinculados a la reproducción social – que incluyen desde la educación a la sanidad, pasando por todo tipo de labores de cuidados, de producción agroecológica y atención telefónica – la maniobra histórica de la naturalización del trabajo de reproducción, sólo que a cielo abierto y ya no sólo como encierro en el ámbito de las casas. Mientras, *al mismo tiempo*, hay una “vuelta” a la casa bajo la modalidad de teletrabajo y cuidados en expansión.

En ese sentido, una acepción de trabajo esencial busca legitimar una nueva ola de superexplotación de ciertas tareas realizadas en la espacialidad de los territorios domésticos. Superexplotación para María Mies (1986) está definida por el hecho de que el capital no sólo se apropia del tiempo y trabajo exdente respecto al tiempo de trabajo “necesario” (es decir, plusvalor), sino que avanza sobre la apropiación del tiempo y el trabajo *necesarios* para la producción de subsistencia. A la vez podemos leer una inscripción de las luchas acumuladas:

¿hubiese sido posible que la esencialidad se vincule explícitamente a las tareas reproductivas sin la previa politización de los cuidados que los feminismos han puesto en agenda de manera masiva en los últimos años?

El trabajo esencial entonces se inscribe en una espacialidad laboral particular: en esas zonas que han construido una *afinidad histórica entre economía feminista y economía popular para visibilizar dinámicas laborales no remuneradas, ligadas con la politización de la reproducción social desde la práctica política en las sucesivas crisis*. En este sentido, la politización implica que la reproducción social de la vida subsana y repone y, al mismo tiempo, critica el despojo de infraestructura pública. Las economías populares construyen hoy infraestructura común para la prestación y el acceso a servicios llamados básicos pero que no son tales: desde la salud hasta la urbanización, desde la electricidad hasta la educación, desde la seguridad hasta los alimentos. En su clave feminista, esta politización visibiliza los trabajos reproductivos directamente como producción de *infraestructura* común que debe ser producida, que requiere trabajo continuo.

Pero con la crisis a partir de la pandemia, incluso los bordes de esas economías populares feminizadas se han hecho más difusos. En Argentina, el índice lo marcó la “aparición” de más de once millones de personas que solicitaron la ayuda que el gobierno ofreció con el nombre de Ingreso Familiar de Emergencia. Desde el estado se calculaba que recibirían un pedido de tres millones de subsidios. La demanda provino de un cuarto de la población total del país. Se trata de un subsidio que es “aparte” de los ya existentes, por lo que revela formas de precariedad que en general no son contadas como “pobreza” por los índices standard y que, sin embargo, marcan una re-estructuración profunda en la capacidad cotidiana de conseguir ingresos así como una dificultad para visibilizar las formas de precarización.

En este escenario, hoy nos toca preguntarnos cómo el capital busca aprovechar la situación de crisis para reconfigurar las formas de trabajo, los modos de consumo, los parámetros de ingreso y las relaciones sexo-genéricas. A partir de los usos de la categoría de trabajo esencial, podemos mapear una reclasificación paradójica de la crisis del trabajo asalariado y una tendencia a la superexplotación de los trabajos menos reconocidos como tales.

Entendemos que estamos en un momento en que la disputa sobre las formas de trabajo es fundamental. Por un lado, porque se pretende forzar la constitución de una nueva *clase servil* que provea trabajo de cuidados y servicios (a través de plataformas) híper baratos y *naturalizados*, disciplinando a sectores subalternos que vienen luchando por el reconocimiento y remuneración

justamente de esas tareas históricamente devaluadas y mal pagas. Aquí la clave feminista para leer este conflicto deviene estratégica. Por otro, porque se hace necesario repensar la espacialidad y la conflictividad del trabajo (y sus modos de comprenderla, medirla, visibilizarla) para comprender también sus dinámicas de lucha, resistencia y disputa de la riqueza común.

## Explotación financiera

Quisiera agregar una última cuestión que podemos leer desde las economías populares en su debate abierto con la narrativa *emprendedorista* neoliberal: el papel del endeudamiento doméstico.

Las finanzas, a través del dispositivo del endeudamiento, leen e intentan capturar es la dinámica de sujetos ligados a la estructuración de nuevas formas laborales, emprendedoras, autogestivas que surgen en los sectores populares y empobrecidos en paralelo a su condena como poblaciones sobrantes o excedentes. Junto a Silvia Federici y Luci Cavallero, hablamos de una “colonización financiera de la reproducción social”, para nombrar cómo la deuda ha tomado como territorio de conquista a las poblaciones más empobrecidas y precarizadas y las hace dependientes de la deuda para su economía cotidiana. Esto sucede cuando la deuda pública impone políticas de austeridad, ajuste y recorte de presupuestos públicos. Esto hace que la llamada “deuda soberana” se derrame hacia abajo y se difunden los efectos a modo de cascada: los despojos y privatizaciones a los que obliga el endeudamiento estatal se traducen como endeudamiento compulsivo hacia los sectores subalternos, que pasan a acceder a bienes y servicios a través de la mediación de la deuda. Esto tiene el efecto, tanto de modificar la relación entre ingreso y deuda, como también entre deuda y acceso a derechos. Las finanzas capturan hoy, a través del endeudamiento masivo, los ingresos salariales y no salariales de las poblaciones populares, clásicamente excluidas del imaginario financiero.

Los procesos de bancarización compulsiva de los sectores más precarizados en nuestros países ha dinamizado y capilarizado el sistema financiero por abajo (Cavallero y Gago, 2019). La deuda funciona así estructurando una compulsión a la aceptación de trabajos de cualquier tipo para pagar la obligación a futuro. Esta captura de la obligación de trabajo a futuro pone en marcha la explotación de la creatividad a cualquier precio: no importa de qué se trabaje, lo que importa es el pago de la deuda. La dinámica precaria, informal e incluso ilegal de los empleos (o formas de ingreso) se revela cada vez más intermitente mientras la deuda funciona como *continuum* estable. En ese desfase temporal hay también

un aprovechamiento: la deuda deviene mecanismo de coacción para aceptar cualquier condición de empleo, debido a que la obligación financiera termina «comandando» la obligación a trabajar en tiempo presente.

La deuda, entonces, vehiculiza una difusión molecular de esta dinámica de tipo extractiva (Gago, 2021) que, aunque es a futuro, condiciona el aquí y ahora, sobre el que imprime mayor velocidad y violencia. La deuda es una suerte de patrón-comando de explotación de la fuerza de trabajo que no tiene mediación salarial para acceder a las finanzas. Hablamos así de un tipo de explotación financiera que se abalanza sobre las economías populares y que, efectivamente, va por delante en el reconocimiento de esa fuerza de trabajo no asalariada, precarizada.

Este *modus operandi* del dispositivo de la deuda en general adquiere una particularidad cuando toma como base los subsidios del Estado a poblaciones llamadas «vulnerables». Y que hoy está nuevamente en disputa en el relanzamiento de formas de inclusión financiera.

## Conclusiones

Discutir el neoliberalismo desde los feminismos en alianza con las economías populares permite tejer un programa contra la precarización de la vida donde se señalizan las fronteras en las que se combate cuerpo a cuerpo con el avance del capital: contra la privatización de las jubilaciones, contra el endeudamiento doméstico, contra los recortes de servicios públicos, contra la baja de salarios, contra la concentración de tierras y la dolarización de los alimentos, etc. en relación a la forma que coproducen la violencia contra ciertos cuerpos marcados por su género y raza. Esto no solo pone un contenido concreto al antineoliberalismo en las dinámicas feministas y populares, sino que además disputa la propia vulgata neoliberal de que la competencia ha devenido mutación antropológica y, por tanto, no hay afuera de su gubernamentalidad omnipresente.

Frente a la pandemia, los diagnósticos feministas de la pauperización de las condiciones del trabajo asalariado, doméstico, migrante, bajo procesos acelerados de precarización, se han mostrado como los más certeros, tanto porque actualizan la noción de trabajo como porque piensan estrategias para intervenir en esas zonas “esenciales”.

Varias autoras han destacado el aprovechamiento moralizador – es decir, de reafirmación de mandatos familiaristas – que se enjambra con esta misma crisis reproductiva que hoy vemos acelerarse, y cómo se desprenden de allí las bases de convergencia entre neoliberalismo y conservadurismo. Por eso es necesario

animar hoy la crítica al neoliberalismo desde tramas vitales que confrontan y desarmen el cerrojo que sólo nos deja optar entre ser víctimas y emprendedorxs neoliberales porque en ese dualismo radica la maquinaria neoliberal de la culpabilización, sostenida por la moral heteropatriarcal y por la explotación de nuestras fuerzas vitales.

## Referencias:

- CAVALLERO, Luci y GAGO, Verónica. *Una lectura feminsita de la deuda*. Buenos Aires, F. Rosa Luxemburgo, 2019.
- DENNING, Michael. "La vida sin salario". *New Left Review*, ISSN 1575-9776, n. 66, 2011, pp. 77-94.
- FEDERICI, Silvia. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2013.
- FEDERICI, Silvia; GAGO, Verónica y Cavallero, Luci. (eds.). *¿Quién le debe a quién? Ensayos transnacionales de desobediencia financiera*. Buenos Aires, Tinta Limón y F. Rosa Luxemburgo, 2021.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- GAGO, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2014.
- GAGO, Verónica. "Extractivism" en, *Handbook of Marxism*, Sara R. Farris, Beverley Skeggs, Alberto Toscano, & Svenja Bromberg (eds.). Sage, London, 2021.
- LOREY, Isabell. *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.
- MIES, María. *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*. New York, Zed Press, 1986.
- VIRNO, Paolo. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires, Colihue, 2003.

Recibido em: 04/07/2021

Aprovado em: 06/09/2021

### Como citar este artigo:

- GAGO, Verónica. Neoliberalismo y después: empresarialidad, autogestión y luchas por la reproducción social. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar*, v. 11, n. 3, set. - dez. 2021, pp. 957-970